

—Tal vez existe uno. Declarad por escrito que solamente vuestra voluntad, y no la mía, se opone á nuestra unión, y dudo que después de esto se me pueda disputar la herencia.

—En el acto os escribiría la declaración que me pedís, si no me obligase á mentir á la faz del cielo; porque no es cierto que tan sólo mi voluntad se oponga á esta unión.

—Perdonad, messer Luca.....

—¿Y la vuestra, señora?

—Me encuentro en edad de casarme otra vez, primo, y si me hicieseis el favor de pedirme la mano, es probable que os hiciese el de dárosela. Paréceme que esto basta para tranquilizar vuestra conciencia, y que no podéis exigir á una mujer confesión más clara mientras no os encontréis revestido de los poderes sacerdotales.

Fra Mozzo estornudó con fuerza, mientras Luca Dolci bajaba los párpados ante la mirada altanera, burlona y casi provocativa con que parecía desafiarse la Marquesa á cogerla la palabra.

Luca se levantó bruscamente después de un momento de silencio.

—Mañana temprano os mandaré esa declaración—dijo.—Adiós, señora.

—Adiós, y gracias, primo—contestó Onesta.—

Caballero—añadió dirigiéndose á D. José, inclinando la cabeza en ademán suplicante—puesto que acompañáis á Luca al claustro, velad por su salud, que no me parece muy robusta. Por intervalos le suben al rostro rojas llamaradas. El pobre niño ha heredado eso de su madre. Adiós, señores.

Luca y D. José encontraron la góndola al pie de la escalinata, y volvieron al palacio sin cambiar una palabra.

## II.

### MIGUEL GRITTI.

Durante la tarde recibió muchas visitas la Marquesa, que la enteraron de todo lo que se decía y pasaba en la ciudad. El nombre de Miguel Gritti resonaba como refrán al final de todas las frases, y parecía ser palabra que las señoras de Venecia habían jurado pronunciar á toda costa en sus conversaciones. La Marquesa se informó de quién era aquel señor tan celebrado, y se enteró de lo que ya sabemos. Añadíase que, por motivo desconocido, su carácter iba inclinándose á la melancolía, que se hastiaba, y no tardaría en tomar un mando en Morea.

—¡Mucho me interesa eso!—dijo la Marquesa.—  
¿Cuántas veces ha bostezado desde esta mañana ese querido señor? Vuestro Gritti es un necio, y podéis decirle que hay en Venecia una mujer al menos que no se cuida de saber si está aquí, en Morea ó en la luna.

Cuando cerró la noche y quedó sola la Marquesa, vistióse de traje de caballero, se puso un dominó encima, cogió su mascarilla y bajó la escalinata que daba al canal. Algunas góndolas estacionaban cerca del palacio. Acercóse la Marquesa, y alzando la voz,

—¡Hola! dijo;—¿cuál de vosotros conoce al señor Miguel Gritti?

Al oír la pregunta, veinte gondoleros se levantaron del fondo de sus barcas y contestaron como un solo hombre:

—¡Yo, monseñor! ¡Yo, excelencia! ¡Yo, príncipe!

—¿Quién quiere llevarme á su casa?—repuso Onesta.

La misma contestación unánime y discordante brotó de los labios de los gondoleros. Después se destacó una voz sola diciendo:

—Yo no llevaré á su alteza al palacio Gritti; pero, si quiere, le llevaré á donde se encuentra ese señor.

—¡Bien, acércate!—dijo la Marquesa.  
Y saltó á la góndola que acababa de llamar.

—¿Cómo te llamas, tunante?

—Bautista, monseñor.

—¿Conoces á ser Gritti?

—Es primo mío, alteza.

—¿En qué grado?

—En el cuarenta y tres.

—Tienes un gorro muy bonito, bribón: ¿quieres que te lo llene de escudos, ó que te lo clave en la cabeza con la daga?

—Prefiero los escudos, señor Duque.

—Pues no la echas de gracioso, y camina derecho.

El gondolero saludó humildemente al apuesto señor, y la góndola partió como una saeta.

—¿Adónde vamos á este paso?—preguntó la Marquesa.

—A casa de la Dolfina, monseñor.

—¿Y quién es la Dolfina?

—La cortesana más hermosa de Venecia y del mundo; la más rica y la más generosa. ¡Eveiva la diva!—añadió el entusiasta gondolero lanzando el gorro al aire.

—¿Está esta noche ser Miguel en casa de la Dolfina?

—Le he visto entrar.

—¿Hay, pues, fiesta allí?

—No, ilustrísimo extranjero, fiesta no; la fiesta será dentro de dos días; todos los meses da una fiesta la Dolfina, y durante treinta días se regalan con los restos los pobres de Venecia. *¡Eviva, eviva sempre la diva!* Esta noche, señor, como todas, solamente concurren algunos amigos íntimos, doscientos á lo más, para jugar y beber. Hemos llegado, noble señor: he aquí el jardín, y más lejos, en el fondo, está el palacio de la diva.

—Espérame aquí, Bautista—dijo la Marquesa saltando de la góndola á la escalinata y pasando de ésta al jardín, poblado de parejas de sombras errantes.

Sin encontrar obstáculo llegó al palacio, cuyas abiertas ventanas daban paso á torrentes de luz y cálido aire cargado de perfumes: en seguida, echando algo á la espalda el dominó para dejar ver su colete ricamente acuchillado á la española, subió los peldaños de ancha escalera interior iluminada por gigantesca flor que extendía en el techo sus radiantes pétalos.

En lo alto de la escalera, respetable mayordomo detuvo á la Marquesa, rogándola cortésmente se quitase la máscara ó le dijese su nombre. Negóse

á ambas cosas, y como el mayordomo alzaba la voz con insistencia, atravesando la multitud que llenaba la galería, se acercó una mujer á la puerta donde se había trabado el debate. Onesta la reconoció en seguida por el abandono de su dulce mirada, por la atrevida indecencia de su traje que dejaba el menor campo posible á las conjeturas, y sobre todo por su soberana belleza.

—¿Sois la Dolfina?—le preguntó.

—Para serviros, caballero—contestó la cortesana, sonriendo al elegante aspecto del desconocido huésped.

—Más fácil es decirlo que hacerlo, hermosa—dijo la Marquesa.

—Señora—interrumpió el mayordomo—monseñor se niega absolutamente á quitarse la máscara.

Antes de que el mayordomo acabase de hablar, Onesta se había apoderado resueltamente del brazo de la Dolfina.

—Astro mío—le dijo—tenéis criados muy groseros. Paseadme un poco por ahí y hablemos.

La Dolfina se echó á reír y se dejó llevar á la galería, en la que los más encarnizados jugadores volvían la cabeza para ver al extranjero que se presentaba de aquella triunfal manera.

—¡Caramba! Monseñor—le dijo la Dolfina contemplando á su pareja de alto abajo—¿de dónde salís?

—Dispensadme, hija mía—contestó el del colete acuchillado—tengo muy poco tiempo. No me preguntéis, pues, y permitid más bien que os pregunte. Voy á daros elocuente prueba de confianza: indicad, os lo ruego, á un extranjero que no acostumbra á perder el tiempo en bagatelas, qué mujeres puede uno amar aquí sin deshonrarse demasiado.

—En primer lugar, á mí—contestó la Dolfina, más asombrada que ofendida por aquella inaudita insolencia.

—¿Á vos?—replicó el caballero;—¿á vos? ¿Y cuánto tiempo hay que emplear en hacer os el amor, perla mía?

—Una hora, el que me agrada; el que no me agrada, siempre.

—Pero, querida, ¿sin duda tendréis un amante en este momento?

—¡No! ni hoy, ni ayer, ni mañana.

—¿Y por qué?

—Porque amo á uno.

—¿Con verdadero amor?

—Más aún.

—¿Y quién es?

—Aquél—contestó la Dolfina, indicando con el dedo un caballero alto que estaba recostado en una columna, cerca de una mesa en la que rodaban los dados sobre los zequines.

—¿Pero aquello es un hombre?—dijo la Marquesa;—lo hubiese creído una cariátide destinada á sostener vuestro palacio.

—¿Verdad que es hermoso?

—¡Soberbio! ¿pero habla alguna vez?

La conversación que trabaron en aquel momento los jugadores dispensó á la Dolfina de contestar á la pregunta. Un joven, el conde Rafael Angelmonte, preguntó á Gritti si no jugaba aquella noche.

—Jugaré, si os agrada—contestó Miguel Gritti—pero el juego me disgusta cada día más; cuando gano, veo que se ponen oscos semblantes amigos, y me marchó melancólico con el oro en los bolsillos; cuando pierdo, veo que se alegran esos mismos semblantes, y esto me hace que los aprecie menos; de manera que pierdo siempre. Además, la idea de perder mi palacio ó de ganar el vuestro, querido Rafael, no seduce mi imaginación.

—Os diré, amigo mío—replicó el conde Ra-

fael—que debíais haber nacido en una de esas comarcas fabulosas donde el hombre se ve obligado á luchar cuerpo á cuerpo con mónstruos gigantes-cos para defender su puesto en la tierra.

—Y á depender de mí, con mucho gusto hubiese nacido en ella. Confiésoos, conde Rafael, que la contingencia de encontrarme frente á frente con un león al volver una esquina me hubiese mantenido en agradable emoción.

—Pero hay mujeres—dijo Rafael.

—Sí, pero no son salvajes—se atrevió á decir el caballero Vespasiano, que acababa de ocupar un asiento en la mesa de juego frente al conde Angelmonte.

—En lo tocante á mujeres—continuó con cierta gravedad sentenciosa Miguel Gritti—es indudable que constituyen una necesidad de la vida.

—¡Caramba!—exclamó Rafael.—¿Habéis estado enamorado alguna vez, Gritti?

—Señores, tengo el sentimiento de creer que no.... He tenido amantes aquí y allá, pero nunca he conocido todo eso que se dice del amor, ni he comprendido las cosas que sobre esta materia tan prolijamente cuentan los poetas. Indudablemente he permanecido extraño á ciertos sentimientos que el comercio con las mujeres hace brotar en

corazones mejor organizados. Esto me aflige. El estudiante que canta su primera serenata sabe más que yo acerca del amor, y el niño que se achispa por primera vez sabe también mejor que yo lo que hay en el fondo de la copa, á pesar de que he bebido todos los vinos del mundo sin poder achisparme jamás; de la misma manera que he tenido orgías con todas las razas de mujeres descubiertas hasta ahora, sin conseguir amar. ¡Embriagarse ó enamorarse, queridos amigos míos! Vosotros que podéis hacerlo, ¿de qué os quejáis? Decidme el país extravagante donde el sol caliente un vino cuyo perfume pueda subir hasta mi cerebro, y mañana marchó á él. Enseñadme la región desconocida donde Dios haya puesto en los ojos de la mujer el rayo capaz de penetrar mi robusta estupidez, y ¡por mi alma! parto ahora mismo.

—¡Caramba!—exclamó una voz clara y argentina al lado de Miguel Gritti;—solamente un fatuo estupendo puede expresarse así.

Un rayo cayendo en medio del grupo de jóvenes que rodeaba á Gritti no les hubiese sorprendido tanto como aquella desventurada observación. Todos los ojos se fijaron en el caballero enmascarado, que avanzó con los brazos cruzados en el espacio que el conmovido grupo dejaba vacío

entre Gritti y él. El caballero Vespasiano se había levantado con la mano en la empuñadura de la espada; Gritti le rechazó amistosamente, y mirando con fijeza al de la máscara, le dijo con altanera tranquilidad:

—¿El caballero no es de Venecia?

—Extranjero en Venecia soy—contestó el otro, y me glorio de ello, puesto que existen aquí un noble que se permite tan ridículas fanfarronadas, mujeres que las escuchan y hombres que las toleran.

—Voy á haceros cuartos, amigo mío—exclamó Vespasiano.

—Joven—dijo Miguel Gritti;—¿sin duda os acompañará algún amigo?

—¡Eso es!—exclamó de nuevo Vespasiano;—el amigo de ese señor y yo vamos á hablar cuatro palabras.

—Estoy solo—dijo el de la máscara.

—Pues bien; venid, caballero, el lance será más íntimo.

Y diciendo esto, Miguel Gritti y el del colete acuchillado se dirigieron á la escalera principal, que bajaron juntos, llevando los sombreros en la mano.

—¡Muy bien!—dijo el caballero Vespasiano.—

He ahí un joven menos. A vos toca jugar, messer Rafael.

Miguel Gritti llevó al caballero enmascarado al paraje más oculto del jardín, entrando con él en un recinto circular reservado en medio de un bosquecillo. Algunos vasos de colores colgados de las ramas iluminaban el terreno que parecía deber servir de campo cerrado á los dos adversarios.

—Caballero—dijo Gritti—¿me diréis, antes de pasar adelante, qué motivo especial habéis tenido para insultarme?

—Ninguno, messer; únicamente el deseo de no dejar pasar una mentira.

—¿Una mentira, caballero?—replicó Gritti tirando de la espada;—¿cuál, si os place?

—Habéis dicho que nunca habéis encontrado una mujer cuya mirada fuese capaz de inspiraros amor. ¡Pues bien, yo digo que al afirmar eso habéis mentido!

—¡En guardia, pues!—exclamó Gritti.

—Habéis mentido—continuó diciendo el extranjero, quitándose con una mano la máscara y desatando con la otra su cabellera que inundó sus hombros;—la prueba es que en el momento en que hablabais esa mujer estaba delante de vos, y que esa mirada es la mía.

Gritti quedó un momento confuso ante aquella deslumbradora metamorfosis.

—Perdonad, señora—dijo al fin—nunca os había visto, y no podía prever que el cielo se dignase hacer un milagro expresamente para convertirme.

—El cielo—contestó la Marquesa, adoptando con gusto el lenguaje algo anfibológico cuya quinta esencia se complacía en destilar la galantería de la época—el cielo, messer Miguel, tiene mucho empeño en la conversión de un tan gran pecador como vos, y para obtenerla completa piensa reproducir este pretendido milagro mañana á las dos en la iglesia de Santa María Formosa.

Gritti se inclinó hasta el suelo, y cuando levantó la cabeza, la Marquesa había desaparecido. El caballero, después de recorrer todo el jardín, volvió meditabundo al palacio.

En cuanto Vespasiano le vió subir los últimos peldaños de la escalera, cabizbajo y con las manos cruzadas á la espalda, le gritó desde su asiento:

—¡Y bien, noble Miguel! ¿qué hay?..... ¡Parecéis pensativo! ¡Qué! ¿no se habrá defendido bien? ¡Ah, caramba, eso es!—continuó diciendo el caballero, que tenía el vino muy hablador;—jeso es, el tunante no sabía manejar la espada! Os habréis

visto obligado..... Señores, Miguel se ha visto obligado á matarle de un golpe con el pomo. ¡Triste necesidad sin duda para un caballero! Pero ¿qué hacer? Después de todo, ese extranjero no era más que un necio ó un ganapán. Aseguro que el noble Miguel ha hecho bien. Habéis ganado y os saludo; conde Rafael..... Digo que ha hecho bien, y me agradaría muchísimo que alguien sostuviese lo contrario, para hacerle tragar en el acto algo frío, por las trescientas mil.....

—Callad, querido caballero—dijo Miguel Gritti;—ese extranjero era una mujer.

Vespasiano contestó con prolongado silbido.

—¡Una mujer!..... ¡ah, *maledetta!*—exclamó la Dolfina.

Gritti había caído en profunda melancolía, y poco después abandonó con Vespasiano la galería de juego y el palacio de la Dolfina. Generalmente se creyó, y así se dijo después de su salida, que había sido objeto de alguna persecución de amante abandonada, y que le habrían hecho juguete de alguna de esas irritantes intrigas por las que las mujeres acaban de perderse y con frecuencia transforman la indiferencia en odio.

Pero la tristeza de Gritti no tenía origen tan vulgar. Un mes hacía que su carácter se había

modificado profundamente bajo la influencia de ciertos acontecimientos de que habia sido objeto su vida. Un mes hacia que Miguel Gritti estaba, más que enamorado de una mujer, de una idea; cosa nueva y deliciosa para aquel carácter eminentemente práctico. Porque las almas ardientes y fuertes, servidas por cuerpos robustos, traducen inmediatamente en acción sus deseos y pasiones, ignorando de esta manera esa paz de las teorías en que se solazan las organizaciones más delicadas, cuyo movimiento interior se encuentra reconcentrado por la pereza enfermiza de la voluntad. Así, pues, la predisposición al desvarío que procede de la falta de armonía entre la potencia del alma y la actividad exterior no podía naturalmente existir en un hombre como Miguel Gritti, á menos que, por circunstancias especiales, sus deseos se encontrasen exaltados y paralizada su alma. Esto precisamente le habia ocurrido. Hacia un mes que Miguel Gritti estaba enamorado sin saber de quién. He aquí cómo habia empezado este amor.

Una mañana, al salir de una orgía, le habia seguido una barca llevando extraña mascarada; dos personas de las que la componían cantaban melancólicas estancias al lado de un sudario blanco coronado de flores que parecia cubrir el cuerpo de

una joven. Cansado de aquella obstinada persecución, hizo parar su góndola Gritti.

—¡Hola, buenas gentes!—gritó;—¿á quién cantáis en tan lúgubre tono?

—A una joven noble y cristiana—contestó un enmascarado—que ha muerto virgen antes que confesar su amor á un pagano.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó Gritti—¿y quién es esa mártir? ¡Su nombre, bravo enterrador!

—Las almas no tienen nombre—contestó el enmascarado.

—¿Y el del pagano? decidlo al menos.

—El vuestro, messer Miguel—contestó el fúnebre personaje.

Y la barca del entierro se alejó en seguida á fuerza de remo.

Desde aquel encuentro observó Miguel Gritti que delicada sombra seguía todos sus pasos, ejerciendo sobre sus acciones misteriosa y tierna vigilancia. En vano esperó que la bella muerta perdiese algo de su discreción; la vigilancia de que era objeto continuó ejerciéndose con impenetrable reserva: así, un día, un mendigo lleno de harapos, á quien el joven acababa de dar su bolsa repleta de oro, le rogó que aceptase en cambio otra cuyo trabajo revelaba la elegante delicadeza de manos fe-

meninas; esta bolsa contenía una cuenta de rosario tallada en ébano con exquisito arte. Miguel preguntó vivamente al mendigo de quién había recibido aquella bolsa, y el mendigo contestó haberse la dado un soldado enfermo, encargándole se la entregase al señor Gritti en el caso de que éste le diese limosna. Miguel Gritti mandó al mendigo que le signiera, y le declaró que no lo dejaría hasta encontrar al pretendido soldado. Durante dos días Miguel y el mendigo recorrieron la ciudad, parando á todos los inválidos, y en la tarde del segundo, cuando el caballero empezaba á desconfiar del mendigo y á amenazarle, el desgraciado demostró claramente que había obrado de buena fe, porque mostró á Gritti un soldado enfermo acostado bajo los arcos del palacio ducal, asegurándole que aquél era quien le dió la bolsa. Ebrío de alegría Miguel, llamó al inválido y comenzó á interrogarle bondadosamente; pero el soldado le dió á entender por gestos que era sordo-mudo: el caballero quiso pegarle, pero todos los vecinos atestiguaron que, en efecto, desde tiempo inmemorial aquel anciano había perdido la palabra y el oído. Gritti se volvió entonces para castigar al mendigo, pero el tunante había huído.

Otro día encontró Gritti un billete clavado en

su puerta con un alfiler de oro con cabeza de ópalo. El billete contenía estas palabras, que, bajo otra forma, repetían las estancias de la fúnebre mascarada:

«Moriré sin que me conozcas; moriré por haberte amado; moriré para que tengas en el cielo el ángel de que careces.»

A pesar de que Miguel Gritti se decía una y otra vez que era juguete de hábil mixtificación, no por eso dejó de tomar en serio la aventura. Habíase tornado pensativo, y esta nueva disposición de su espíritu, que todo el mundo atribuía á tedio y hastío, tenía, por el contrario, como causa la primera pasión verdadera que había experimentado el joven. Hacía algunos días había divulgado el rumor de su próxima marcha á Morea, con objeto de obligar á su desconocida amada á dar algún paso más directo, y al fin, aquella noche, cuando acababa de hacer públicamente y de intento exaltado llamamiento á aquel ser sin nombre, la Marquesa le había respondido de pronto. Gritti no dudó ni un momento que la bella extranjera fuese la heroína de la misteriosa novela de que él mismo había sido héroe; y de seguro, el enamorado más exigente no hubiese podido desear para su sueño encarnación más brillante que la

rara belleza de la Marquesa Giustiniani. Así lo pensó al pronto Gritti; pero cuando vino la reflexión, sintió el alma triste y fría: por magnífico que fuese el país donde despertaba, acababa de caer del cielo. Por primera vez en su vida se le presentaba la amarga ocasión de comparar una realidad sensible á esa divinidad del espíritu que se llama el ideal. Vespasiano, que caminaba algunos pasos detrás de su amigo, le oyó murmurar varias veces:

—¡Imposible que haya otra más hermosa; y sin embargo..... y sin embargo, la imaginaba de otra manera!

—Buenas noches, noble Miguel, y hasta la vista—dijo el caballero cuando llegaron á la puerta del palacio Gritti.

—¿Estabais ahí, Vespasiano? Perdonad, amigo mío.

—¡Mil carretadas de demonios! ¿Os hacéis poeta, Miguel?

—Esta noche habéis perdido, caballero, porque juráis fuerte.

—Noble Gritti, sospecho que el conde Rafael es un tramposo.

—¡Vamos, Vespasiano! El Conde es leal como vos mismo.

—Verdad es, ¡sangre de Belcebú! pero estoy de mal humor.

—Hasta mañana, caballero.

—No, querido Miguel; hasta la vista.

—¿Tenemos otra misteriosa desaparición? —preguntó Miguel.

—Si me apreciáis algo, messer Gritti, ni una palabra sobre eso—dijo Vespasiano estrechando la mano á su amigo.

Y mientras el noble joven entraba en su casa, el caballero continuó alejándose por la calzada de los Frari.

### III.

#### LA MUJER PROPONE Y DIOS DISPONE.

La misma noche en que la Marquesa Onesta Giustiniani dirigia al corazón de Miguel Gritti un ataque cuyo éxito tan mal respondía á lo que esperaba, obtenía en cambio, por otro lado, un triunfo que sin duda no sospechaba. Cuando Luca y D. José, de regreso de casa de la Marquesa, subían silenciosamente la escalera del palacio Dolci, Luca, que por distracción había desprendido el puñal de la cadenilla de oro, lo sacó bruscamente de la vai-